

## IV DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO

**Jr 1, 4-5. 17-19; Sal 70; 1 Co 12, 31; 13, 1-13; Lc 4, 21-30**

Comenzó, pues, a decirles: "Esta Escritura, que acabáis de oír, se ha cumplido hoy." Y todos daban testimonio de él y estaban admirados de las palabras llenas de gracia que salían de su boca. Y decían: "¿No es éste el hijo de José?" El les dijo: "Seguramente me vais a decir el refrán: Médico, cúrate a ti mismo. Todo lo que hemos oído que ha sucedido en Cafarnaúm, hazlo también aquí en tu patria. Y añadió: "En verdad os digo que ningún profeta es bien recibido en su patria." "Os digo de verdad: Muchas viudas había en Israel en los días de Elías, cuando se cerró el cielo por tres años y seis meses, y hubo gran hambre en todo el país; y a ninguna de ellas fue enviado Elías, sino a *una mujer viuda de Sarepta de Sidón*. Y muchos leprosos había en Israel en tiempos del profeta Eliseo, y ninguno de ellos fue purificado sino Naamán, el sirio." Oyendo estas cosas, todos los de la sinagoga se llenaron de ira; y, levantándose, le arrojaron fuera de la ciudad, y le llevaron a una altura escarpada del monte sobre el cual estaba edificada su ciudad, para despeñarle. Pero él, pasando por medio de ellos, se marchó.

En la presente semana las lecturas nos ponen frente a una realidad que es fundamental para todo ser humano: ¿qué es lo que Dios quiere de mí? ¿Para qué he sido creado? ¿Cuál es mi misión en este mundo? El profeta Jeremías, San Pablo y Jesús nos van a mostrar la misión a la cual Dios nos está invitando. La misión es única y el centro es Jesucristo, plenitud de la revelación. Nuestro Señor Jesús es el enviado del Padre para traernos la reconciliación a todos los hombres, sin distinción alguna entre judíos y gentiles.

Jesús se presenta como el profeta anunciado, en quien se han cumplido todas las profecías, el que ha venido con una misión asignada por el Padre y por la cual deberá enfrentarse a la dureza de corazón de su pueblo que no puede aceptar, ni comprender, que el Mesías sea uno al que ven tan igual como ellos, quien además les denuncia con firmeza, su falta de fe. Jesús mismo les dice que su lenguaje profético no será reconocido en su propia tierra porque: "... ningún profeta es bien recibido en su patria...". Al respecto el Siervo de Dios Juan Pablo II nos dice: «...Jesús fue un profeta ante los ojos de sus contemporáneos que, impresionados, reconocieron en él «...un profeta poderoso en obras y palabras...» (Lc 24, 19). Con su vida, y sobre todo con su muerte y resurrección, se acreditó como el profeta por excelencia, pues es el Hijo mismo de Dios. El misterio del profeta de Nazaret no deja de interpelarnos. Su mensaje, recogido en los evangelios, permanece siempre actual a lo largo de los siglos y los milenios. El mismo dijo: «...El cielo y la tierra pasarán pero mis palabras no pasarán...» (Mc 13, 31). En Jesús el Hijo encarnado, Dios ha dicho su palabra definitiva sobre el hombre y sobre la historia, y la Iglesia vuelve a proponerla siempre con nueva confianza, sabiendo que es la única palabra capaz de dar sentido pleno a la vida del hombre. Muchas veces la profecía de Jesús puede resultar molesta, pero es siempre saludable...». (Juan Pablo II, *Ángelus*, 26 de enero de 1997)

Por eso vemos como la gente inicia la murmuración: "... ¿no es este éste el hijo de José?...", es decir que piensan que el hijo de un carpintero no puede decirles nada nuevo, es cuando Jesús enuncia pruebas de lo dicho: el profeta Elías sólo hizo su milagro en territorio extranjero, Eliseo curó a un leproso sirio. Estas palabras son una abierta provocación de Jesús a sus paisanos quienes reaccionan con ira y le arrojan de la ciudad de modo violento; pero todo esto es necesario y marca la pauta posterior o el estilo de toda la predicación cristiana, la cual parte siempre de la verdad, de la realidad de pecado en que se vive y que sólo al ser denunciada y salir a luz puede ser vencida, y permitírnos así vivir en libertad cristianamente el amor del Padre.

La primera lectura presenta las dificultades, temores y durezas de la vida de un hombre (Jeremías) que debe enfrentarse a la resistencia de todo un pueblo en contra de Dios. Se trata del valor del enviado por Dios a enfrentar a los que se escandalizan frente a su realidad de pecado. La segunda lectura nos presenta el único camino del cristiano: la caridad, todo lo demás no basta si no se vive en el amor al hermano: "...si no tengo caridad nada soy...". El cristiano tiene que proclamar y vivir en este mundo el amor de Dios, de modo visible, por amor y con amor al otro. Los demás podrán así percibir que es el amor de Dios el que actúa en nosotros, incluso cuando somos duros o corregimos al otro, en estos momentos se tiene que manifestar nuestra acción con amor y en el nombre de Dios.

La palabra de Hoy, es un Don de Dios para nosotros. Jeremías nos ha dicho: "... desde el seno de tu madre te elegí..."; tengamos cuidado por eso con la actitud de los judíos, que hoy describe el evangelio, que creían que la elección de Dios la tenían por pertenecer al pueblo de Israel. No olvidemos que la fe es un Don no una elección. El haber nacido dentro de la Iglesia, o haber entrado a la Iglesia es un Don de Dios, y por eso la misión de Jeremías, como la de Cristo tienen en común: El llevarnos al encuentro y a la comunión con Dios. Porque sólo en esta comunión íntima con Dios podemos vivir en este amor perfecto que se visibiliza en la comunión y amor entre los hermanos y con cada hombre del que nos habla la segunda lectura. Y así como Cristo, los creyentes estamos llamados, a ser imagen de Cristo en este mundo en donde los hombres viven creyendo saber todo y sin esperan nada; y para así hacerles presente con nuestra vida que en Dios Padre se encuentra la razón de nuestra vida y la respuesta a todas nuestras interrogantes.

Por eso que la fe y esperanza se explicitan y concretizan en la caridad. Ya que la fe sin la caridad es como si le faltara al alma el cuerpo, y la esperanza es como si fuera una oración: de un sujeto sin predicado. Así cuando el apóstol Santiago dice: "...por mis obras te demostraré mi fe...", está diciendo que en el ejercicio de la caridad (amor al prójimo), se concretiza la fe.

Pbro. Oscar Balcázar Balcázar.